

LA NOVELA COLOMBIANA

M A D R E

Escribe: SAMUEL VELASQUEZ

Las dos amigas conversaban en voz alta y sin veladuras, porque no había más gente en el lavadero.

—¿Y si te gusta bien?, preguntó Rosario, extendiendo una camisa en la sábana.

—¡Ay, Señor! respondió la otra sonriendo.

—Se te conoce. Yo le tengo, ole Inés, no sé qué, porque es tan amigo de irle diciendo a uno lo que se le antoja.

—¡Pero lo lindo!

—¡Ah, no, bonito si es como él solo! ¿Para qué es sino la verdad? ¡Ve que los ojos! Son igualitos a los del Corazón de Jesús.

—¡Cómo han de ser! Los de Felipe le hacen a uno la vista como estos relumbrones del sol en el agua, y los del Corazón provocan a estarlos viendo, porque ¿será pecado decirlo? de puro humildes se parecen a los de un buey.

—La cabra tira al monte: vos viendo siempre bueyes por todas partes. Otra cosa que me gusta mucho de tu novio...

—Si a eso vamos, espérate: yo te hago la cuenta de todo lo que tiene bien precioso: ay, que apenas llega, comienza a descargar y bota el sombrero lejos, se le ve aquella frente, tan blanca, llena de cadejos negros, como anillos de coco pegados en el sudor.

—¿Y no le has reparado los dientes? interrumpió Rosario entusiasmada.

—¡No me digas! Eso es lo más blanco y parejo que mis ojos han visto; cuando se ríe muestra hasta las cordales, y se le ve eso por allá que ni granos de mazorca, en hilera.

—¡Y la fuerza que tiene!

—Eso si no me gusta, porque es muy amigo de ir echando cocas por cualquier cosa.

—¡Rosaaaaario!

—¡Señoooooora!

—¡Jesús Credo, qué mujer tan dura! Camine, que hay mucho que remendar, y el fogón está apagao.

—¡Ya voy! ¡Mi madre sí que es necia!... Malició que estábamos juntas, y como ella dice que a nosotras se nos van las horas a la carrera sin que hagamos nada... También y todo, es mucho lo que me embroma.

—Eso será la tuya, porque la mía... está que no hay quien la aguante; te aseguro que por estas cosas con Felipe me tiene a cantos de coger el monte.

—Me voy; a la nochecita paso a tu casa, para ver cómo te va con él; ¿no tolda hoy en el camino?

—Por supuesto.

—Hasta luego, pues.

—Bueno, mi amor.

Con pasmosa maestría, alzó Rosario un tercio de ropa mojada y retorcida, a modo de cables de cabuya, se lo plantó en la cabeza y echó a andar por un gramal arriba.

Inés se quedó agachada, dale que le das a los trapos inmundos contra una piedra. Tenía la saya vuelta calzones que, apenas le llegaban poquito abajo de las rodillas, remangadas las mangas del corpiño y envuelto en la cabeza un paño blanco a usanza de las mujeres de la Biblia. Ligeramente descotada, por la confianza en la soledad, dejaba ver el nacimiento del pecho, cuya curva empinada a juzgar por el modelado de la ropa, tornaba a caer con maña pudorosa como en el seno de la Virgen. Por debajo del lienzo o pañizuelo de la cabeza le salía un rebujo de cabellos descuidados que le velaban la frente y la nuca.

Con una bola de jabón ordinario frotó el trapo que lavaba y lo pisó por un extremo contra la piedra con la mano izquierda; en la otra tomó la punta libre, y con esta empezó a dar estregones largos llevando el compás con todo el cuerpo. La espuma mugrosa se iba regando en el charco que estaba delante, haciendo el efecto de una intriga canallesca.

—¡Ah muchachos puercos, María Santísima! Vea cómo se quitan la ropa, para que después se muera uno aquí dándole.

Retorció los calzones de un chico, y, ¡taque! ¡taque! contra la piedra, voleándolos en el aire.

—Lo peor es que en esto llegan aquellos; y yo de esta figura no paso por junto al toldo.

Todo quedó en silencio. Un pajarito, una monada de pecho blanco y alas negras se detuvo a mirar a Inés, desde una rama que se inclinaba como a beber en la corriente; un rayo sesgado cruzaba el matorral que hacía de quitasol en el lavadero y le caía a la joven en el descote como una flecha de cro.

—Ya está toda remojada, volvió a decir; esta noche la tiendo al sereno, a ver si afloja tanta indecencia, y mañana la juago. ¿Qué horas serán?

Y miró al sol.

Mirándolo estaba cuando un buey, con íntima franqueza, se fue metiendo al charco, y tras él otros, al tiempo en que Felipe, a corta distancia decía:

—¡Buenas tardes!

—¡Ya llegó por Dios!

Inés desató volando las faldas que traía cogidas con un bejuco a la cintura, y, dándole al otro la espalda, se cubrió los brazos.

—Hace rato que estoy viéndola mirar el sol sin dársele un pito, pero eso no es raro.

—¿Ah?

—Pues que al sol es que le toca fruncirse cuando usted le pone los ojos.

—¡Ya viene con sus zalamerías! Vea, aparte sus animales, que me están pisoteando la ropa.

—¡Pobrecitos! Déjelos, que vienen muertos de sed.

Los bueyes se atropellaban por llegar al abrevadero; flacos y carimustios exhalaban un vapor blanco de los costados, donde mostraban algunas enormes mataduras color de pulpa de guayaba madura. Bebían, volteaban a morder con displicencia de las yerbas cercanas y tornaban a beber, hasta que se fueron regando por el camino.

—Aguárdame, yo los empotrero, dijo Felipe, para que me de lo que me tiene.

—Para que me de lo que me traiga, digo yo.

—¡No me espere con hartas cosas buenas, y verá!

—Eso, según.

—Ahora veremos.

Inés hizo un rodete del delantal, se lo puso en la cabeza, y encima de los dos una batea llena de ropa mojada, mientras Felipe hacía entrar los bueyes por la puerta de trancas de una dehesa cercana.

—Eche, yo le llevo eso y vaya diciendo lo que me guardó.

—¡Eh, quite de aquí, que tengo una vergüenza!...

—¿De qué?

—¡Qué le parece, encontrarme en esta figura!

—¿Por qué toldaron hoy tan temprano?

—¿Usted no me estaba esperando, pues?

—Yo sí, pero más tarde.

—Eche le llevo la batea.

—¡Ni riesgo! Lo ve mi madre y me mata. Lo que ha de hacer es quedarse atrás.

—Espérese, siquiera un momento, conversemos un ratito: ¿qué ha hecho?

—Lo de siempre.

La joven cogió una hojita y empezó a mascarla.

—¿Pensarme?

—Vamonós, que lo vieron venir.

—Sí, ya nos vamos. ¿Me ha pensado?

¡Pues no digo que sí!

—Yo tampoco la olvido. Vea, aquí está la prueba.

—¿Qué es eso?

—Destape y verá.

—¡Ay, qué lindos!

—¿Le gustan?

—¡Demás! ¿Cuánto le costaron?

—Ni me acuerdo.

—Pero yo no se los recibo.

¡Ahora sí!

—No, no tome; ¿con qué cuentos le salgo yo a mi madre? ¿Que de dónde los saqué? ¡Es que usted no sabe cómo es ella!

—Guárdelos, entonces.

—¿Aunque no me los ponga?

—Si no puede...

—Así sí. ¡Dios se lo pague!

Eran unos zarcillos de plata que imitaban pensamientos, cada uno de cinco hojas, y un coral en la mitad, metidos entre una cajita de cartón.

El mozo, pasando de una mano a la otra las vueltas de una sogá, se quedó mirando a Inés y le preguntó sonriente:

—¿Y ahora usted que me da?

—Después le digo.

—Yo, con esto me contento.

Le abarcó la cintura a la joven y se inclinó con intención de besarla en la cara. Ella estableció un subir y bajar de manos, teniendo el terció que se le caía, y empujando por el pecho a Felipe. Al fin lo apartó.

—¡No le digo que usted es muy imprudente!... ¡Qué vicio tan maluco!

—¿Y se enoja?

—Francamente, eso es una chocancia.

—Pero todos los casados se besan.

—¡Repelentes que son! ¡Yo no sé qué gusto sacan de eso... Y, sobre todo, ¿acaso nos hemos casado nosotros?

—Pero nos casaremos.

—¡Si, venga con sus envolates, que siempre se los creo! Upa, eche adelante.

—Siga usted.

—Más bien me quedo; ¡que le parece! Será porque no es amigo de atisbar.

—Camine pues.

—Ahora nos ve mi madre llegar juntos, y después no hay quien la aguante, váyase usted primero.

—Bueno, a la noche arrimo a la cocina.

—Pero a estar con fundamento y a no decir pesadezas.

Y se separaron.

Inés siguió paso entre paso, con los brazos en jarra y haciendo quiebros naturales en las caderas.

A la cuadra estaba la casa, a orilla del camino, y frontero a ella, el toldo que hacía poco abrieron los arrieros. Por allí, todo era animación. La señora Eugenia, madre de Inés, se volvía manos vendiendo aguardiente, cigarrillos y comienzos en una tenducha, si es no es surtida en lo preciso para no maldecir la escasez.

—¡A ver, muchachos! gritó Felipe. ¿Quiénes colorean el cuerpo con un trago, mientras está de pasar ese chocolate? Porque los frisoles se demoran. ¿Todos, pues? Sirva, señora, cinco realeros.

—¡Por Dios, echen esos marranos del corredor, le ordenó la señora a un chico que andaba encaramado en los tercios de mercancías que llevaban los arrieros de Medellín para Manizales.

Inés aprovechó de ese embolismo para meterse a la casa y atravesar la sala, tan cimbradora con su tercio a la cabeza como una palma con su follaje altísimo.

Entre tanto, el sangrero o mocito encargado del yantar de los peones, después que hubo clavado en tierra dos horquetas, extendió de la una a la otra una vara de donde colgó la olla de cocinar, por debajo de la cual puso leña y fuego; sopla, soplando, levantó una candelada que a la luz del sol no parecía tal, porque no brillaba casi. Pronto fue el borbolar del chocolate en burbujas que reventaban en suavísimo olor. Poco menos que atragantado se bebieron los muchachos aquel paliativo o tente en pie, mientras se cocía algo de mascar y demás sustancias, y se dieron después a colocar en mejor orden todas las cosas.

El toldo colgado de una guadua que descansaba horizontalmente sobre dos horcones hundidos en tierra, dejaba caer sus anchas alas de lona sobre seis estacas; parecía una clueca que abrigara a sus pollos. Por debajo de aquella tienda a estilo gitano colocaron una sobre otra las cargas, formando un cuadro abierto en un costado por el portillo, puerta que dijéramos; encima de la muralla de fardos pusieron las sobrecargas envueltas sobre sí mismas con exquisito cuidado; doce varas distante de ahí quedaron las enjalmas en fila puestas a secarles al sol la sangre y las costras que arrancaran a los bueyes.

El cocinero, listo y diligente, iba y venía entendiendo en su oficio; la comida puesta a cocer en el aparato de marras consistía en dos manotadas de frisoles, una libra de tocino, y por allí, así como al descuido, unos platanejos verdes. Mientras esto entraba en sazón, los arrieros, dados los últimos toques de su improvisado y escueto dormitorio, se holgaban así: uno tendido en tierra de cara al cielo formaba coronas de humo, otro se cortaba las uñas, el de más allá chupaba caña dulce, el otro no se cansaba de remirarse en un espejillo, apretándose unos barros.

—¿Vos sabés, Felipe, cuánto le costó el Golondrino a ño Pablo? ¡Ah buey! Coge adelante, y eso es dale al camino seguido, seguido.

—No hay como el Bandera de los Garcías, pero es pícaro, amigo de fruncirse y ladrón como el demonio.

—Qué te parece que el pecoso Dionisio echó el otro día la caña de que si hubiera un buey capaz de llevar veinte suspiros (por decir arrobas) él lo colgaría solo.

—¡Si ese es lo más flotante!... Y se le corrió al ñatico Secundino un día que lo encontró enamorándole la mujer.

—¿Cuál de ustedes le ha trabajao a don Pacho?

—Yo. ¿Por qué?

—¿Y cómo hacés para entenderte con ese viejo tan hambriento?

—No, hombre, es formal.

—¡Si mucho! Tres jornales me está debiendo, que se le han de volver tres piedras colgadas de la patas, camino del infierno.

—¿El Corneta como que venía firmando a ruego?

—Por milagro arrimó, pero, ¡qué gracia! si traía el trapiche.

—Mañana se lo encajamos al Gobernador.

Plumadas más, brochazos menos, ellos andaban vestidos así:

Sombrero de paja de iraca, cuello abajo, amplia camisa a manera de chambre, y por encima de ella una anguarina o delantal de lienzo que llegaba hasta las rodillas; pantalones de manta azul, ruaneja pequeña y burda colgaba al hombro, machete a la cintura, y, por sobre todo y más llamativo que lo demás, el guarniel pendiente del hombro izquierdo por la reata bordada en alto relieve con lana de colores y que les cruzaba al sesgo el pecho a manera de regia condecoración.

Ahora, una ojeada más sobre Felipe por ser el jefe de los otros y el de estampa más garrida, y para que veamos si Inés tenía razón en andar perdida de amores por él. Arriba o abajo algunos días, se estará el mozo por los veinticinco años, porque ya su bigote dejó de ser pelusa para formar los dos bucles que traen embelesada a la hija de la señora Eugenia; ella le dijo a Rosario cómo andaba su amante de ojos y cabellos, linduras que pensaba la doncella; veamos nosotros si era realmente bello, pero es mejor dejar esto para otro día, cuando esté en el ejercicio de sus funciones, pongamos por caso, alzando a las costillas de un buey un fardo de siete arrobas; ahí veremos si su figura aguanta el análisis que ha menester un hombre. Lo que sí no hay para qué tardar para decirlo son la sandunga y la música de su expresión; melodioso en el hablar y chancero, no hay moza a quien no detenga cuando, sin previas relaciones, se le va poniendo por delante a decirle:

—Eh, Ave María, mi señora, ¿a usted no le duelen esos ojos tan lindos? Pues nos vamos juntos, usted verá qué hace conmigo.

—¡Miren este descarado!

—Yo no tengo la culpa de que sea tan cuadrada.

—Pero si la tiene de ser tan atrevido.

—Corriente, entonces me quedo.

La otra sigue su camino, mas sucede que dejar caer el paraguas, y que al alzarlo le resbala al mozo una mirada por ese cuerpo; entonces se endereza, diciendo a media voz:

—¡Hijue pucha, si es bonito! Lástima que sea tan ladino.

De este modo fue como empezó a volvérselo independiente y revoltoso el corazón a Inés; fuera a ella sola y no a casi todas las chicas que había en la vereda del camino que está entre Medellín y Manizales. Para gestos y rabieta de la señora Eugenia, le dio a Felipe por disponer las jornadas de modo que siempre lo sorprendiera la una de la tarde frente a la casa de la señora. ¡Pues muchachos, toldar! Mientras la joven que atisbaba al través de los encañados de la cocina se volvía agua y sal de puro alegre.

—Pero, decíme una cosa: ¿por qué tolda ese ojón siempre frente a casa? preguntaba la señora entrando furiosa a la cocina.

—¡Y qué voy a saber!

—Vos si sabés, pero mirá: te arranco la tajada si te llevo a ver pe-lándole los dientes.

—¿Y si me habla?

—Contéstale con tres piedras en la mano.

—Eso, tampoco; dirá que soy un oso.

—Lo único que te digo es que te esbarato a palos si malicio que le estás haciendo morisquetas, ¡qué le parece! un salto atrás que han tenido que sacarlo a piedra con todas las hijas.

—¿Quién las manda a ser bobas?

—¡Por sabida que es ella! Esperá que se va a casar con vos. Yo si sé qué es lo que quiere, pero te muelo a garrote. Vea usted que dejarse envolar por un caresanto mataperros, a cuenta de que sabe tocar un tiple! Esperate y verás cómo lo mando a trompetear a un calvario.

—Pero señora, si él es muy libre de toldar donde quiera.

—Pero no de meterse a las cocinas.

—¿Porque viene a prender un tabaco?

—¡Que los vaya a encender a la porra, que aquí no es fogón público.

¡Para que hubiera indirectas y gestos que achicaran al mozo! Salía la señora de la cocina, topaba con él y:

Usted sí que se ha puesto buena moza, doña Eugenia.

—Y... mucho, se para el sol para verme.

—No, de veras, ¿cómo hace para...

—Deje su petulancia y encienda su tabaco.

Le presentaba el de ella, y, por ende, le cortaba el paso al fogón.

Pero Felipe no tenía pizca de vergüenza: mañosamente y con la lisura de una culebra que se desliza por entre espinas, iba tolerando a la madre durante la tarde, y al anochecer estaba sentado en un banco de la cocina, alelando a los circunstantes con un cuento o rasgueando un tiple con primor, mientras que sus compañeros dormían debajo del toldo misteriosamente pálidos, porque el trapo, tamizando la luz de la luna, se las dejaba

caer en la cara como sutil niebla purísima. Esa tardecita del encuentro de Inés y Felipe en el lavadero, luego que este hubo comido, se entró a la tienda se sentó en el mostrador y el dijo a la dueña:

—¡Valiente vivienda tan sabrosa! ¿Cuánto le costó?

—No me acuerdo ya.

—¿Y le gusta?

—Más bien.

—Con razón, si aquí arrima todo el mundo, porque saben manejar la gente. (Si mucho, vieja más antipática! pensaba Felipe).

Ello no.

—Vea un cariñito que le traigo; poquita cosa, pero con voluntad.

—¿Para qué se puso a todo eso? Muchas gracias.

Era la tal fineza una cajilla de dulce medellinense.

A esto entraron unos campesinos a comprar aguardiente y velas, le metieron conversación a la señora, se escurrió el arriero calladito, y, a la cocina, llevándose de paso el tiple que, de todo su parque para guerras de amor, venía a ser el cañón de más grueso calibre, pues que en reventando aquella explosión de armonías, las muchachas que no quedaban heridas de muerte, tambaleaban, al menos.

Hacía rato que Inés tenía en la cocina una caminadera de azogue des-nivelado, pasando y tornando a pasar por delante de la puerta, hasta que vio ir a su amado; corrió entonces a revolver el maíz que cocía y a atizar el fogón, como quien anda ocupadísima.

—¡Me dan posada junto a la candela, o me tullo! ¡Hijue el diablo, qué frío tan caliente!

—¿Qué dice Inesita?

—Pues que demás.

—¡Corran, muchachos, que allí está mano Felipe con el tiple! —gritó un chico que jugaba con otros en el patio al “¡A que te cojo, ratón!”.

Como por cita, se fue llenando la cocina de vecinos. Por allí andaba la Rosario en cuchicheos con su amiga, mientras el arriero templaba las cuerdas untándoles saliva a las clavijas y tosiendo mucho, despejando aquel nido de arrullos, según las dos muchachas.

—Pero, como no me dicen que cante... exclamó Felipe muy zalamero, extendiendo el tiple sobre las rodillas y mirando a Inés.

—¡Ahora sí! Cante todo lo que quiera.

—¡Caramba con el modo!

—¿Cómo quiere, pues? Y le hizo disimuladamente una guiñada para traducir: ¿No ve que hay mucha gente?

El mozo empezó a resbalar los dedos por todo el mástil del tiple, produciendo notitas finas y temblorosas, rasgueando de repente las cuerdas y arrancando coros de carcajadas juveniles. Luego que hubo probado su maestría en el conocimiento de los tonos, estableció un compás lánguido y amo-

roso que parecía vaivén de cuna, el del pasillo probablemente, tosió por última vez y rompió con una nota limpia y pareja como un rayo de sol. Los circunstantes abrieron la boca.

Inés, sin atreverse a mirarlo, contemplaba las llamas del fogón, tré-mula y bañada de resplandores.

—¡Y así quieren que yo no lo quiera! —decía en voz baja atizando el fuego.

Entre tanto, el cantor se volvía alma, poniéndola toda en la canción, cuyas notas, a manera de flechas disparadas, le cruzaban el pecho a la hermosa niña.

—¿Qué decís, por Dios? le secreteó bajito Rosario a su amiga.

—¡Calla la boca! Esto es un ángel.

La señora Eugenia que oye canto y corre, dejando la tienda desam-parada.

—¿Qué es este gentío? entró diciendo. Parece bendición papal.

Felipe remató la canción. —Aquí, rasguñando el tiple, dijo muy modestamente.

—¿Y por qué no se van a la sala?

—Por el calorcito.

—¡Ave María! interrumpió un vecino, levantándose a encender un cigarrillo: a usted se lo comerá el que sepa de agua.

—¿Por que, ah?

—Calle la boca, ¡con ese modo!

La señora dio una vuelta fingiendo buscar algo; al pasar junto a su hija, le pellizcó dolorosamente un molledo, y le dijo en voz baja:

—¡Ahora nos arreglamos, so puerca!

—Eh, ¿y yo tengo la culpa?

—¡Calla la boca! Y en voz alta: Vea, hijita, que este maíz ya está; bájelo porque se vuelve masacote.

Inés cogió el trapo cocinero, le dio con él vuelta a la olla y se disponía a bajarla del fuego, cuando otra vez en voz baja:

—¡No la bajés todavía, escandalosa! Y hacerle carantoñas a este sal-tatapias, que yo te las cobraré mañana.

Y salió.

Felipe comenzó otro cantar.

—Así como así, dijo Inés, siempre me ha de llevar un trueno, que me lleve por algo.

Y se sentó cerquita y frente a su amado. Entreabierta la boca como una granada que a fuerza de madurez va a caerse del árbol, se bebía la voz de Felipe. ¡Qué tal que fuera mi marido! pensaba; ni para lo fundamentosa y querida que me volviera con él; ¡qué tan bueno morirse el cristiano oyendo que le cantan así! Y hacerlo dormir a él pasándole los dedos por entre el pelo.

—¡Inés!

—¡Señora!

—¡Ah, ah, camine a arreglar las camas, que esa gente ya tendrá gana de irse!

—¡Botín colorado, dispensen lo malo que hubiere estado! dijo un hermanito de la joven, saliendo al patio; allí dio un relincho, votó el sombrero y volvió a exclamar:

—Mano Felipe sabe más cantidos que granos tiene un almú.

Salieron los oyentes, menos Felipe, que se arrimó al hogar a encender un cigarro, diciéndole a Inés rápidamente:

—Madrugue mucho, amorcito, para que hablemos.

—¿Dónde?

—En el lavadero.

—¡No siga ni riesgo!

—¿Dónde, pues?

—Aquí.

—¿Cuento con usted?

—¡Valientes cosas! eso ya es imprudencia, tener a la gente a estas horas sin acostarse, les interrumpió la señora. ¡Vea Felipe, que la muchacha es honrada para que usted ande buscando la oscuridad para hablar con ella! No crea que me la enreda como a tantas; si es que anda con buenos fines, hable o déjese de hacérmele figuras, porque no nos conviene. Y vos, almártaga, no sabés en la que te estás metiendo, dándole crédito a este hombre; ¡tira para adentro!

—No se sofoque, señora, que la que me gusta a mi es Rosario, y le estaba diciendo a Inesita que cómo hiciera yo para hablarle.

—Ah, bueno, vaya dígaselo a ella o a sus taitas, que esta no es tapadera de nadie.

—¡Ah misiá Eugenia para rascada! Bueno, ¿cuánto va, pues a que la nombro de madrina?

—¡Ojalá! a ver si se asienta y deja de ser bochinchoso.

A poco no se oía más que el gruñir de los marranos ateridos de frío y los pitos del viento que pasaba silvando en todos los ángulos de la casa.

Poco antes de amanecer comenzó a oírse el ruido en el camino; era que los arrieros disponían y aparejaban sus enseres para proseguir la marcha.

—¡Tun! ¡tun! En la puerta.

—¿Quién?

—Que nos venda unos traguitos, y que cuánto vale el potreraje.

—¡Espérese! ¡Inés, Inés!

—Señora.

—¿Dónde están los luciferos?

—Me parece que junto a la Virgen.

—Levántate a ver.

—Aquí no hay nada.

—Pero, ¿dónde los pusieron?

—¿Qué? preguntó un chico.

—Los fósforos.

—Pepe los tenía.

—¡Pepe, Pepe!

—¿Qué es la necedad?

—¿Qué hiciste la caja?

—¿Cuál caja?

—Pues los fósforos.

—¡Yo qué sé!

—Busca bien, dijo la señora.

—¡Aquí está! Eh, mentiras, estos no son.

—Andá, prendé esa vela en la cocina, que vaya Pepe a acompañarle.

—¡Yh! demás, con este frío, y se volteó para el rincón.

—¡Upa!

—Que vaya Toño.

—A usted lo mandaron.

—¡Tun! ¡Tun!

—Allá va.

—¡Ave María, yo soy sola!

A medio trajear salió Inés al patio, y vio a Felipe recostado a la puerta de la cocina.

—¡Ah, no, por Dios!

—No haga bulla, Inesita.

—¡Vea, por la Virgen, váyase!

—Sí, ya me voy, pero éntre.

—Estese quieto.

—Si no le voy a hacer nada. Y se apartó.

La joven se puso a escarvar en las cenizas del fogón.

—¿Dónde habláramos largo, palomita? entró en puntillas diciendo Felipe.

—Pero, ¿qué es lo que usted quiere?

—Decirle un montón de cosas.

—Pues dígalas.

—No hay tiempo.

—Apártese, que le echo ceniza. ¿No ve? Ya me hizo caer la vela.

Felipe fue a coger a la niña entre los brazos, pero ella se le zafó y de un salto se plantó en la puerta.

—Váyase, usted no me quiere de veras.

—Bueno, perla querida; ahora sí que es cierto que la quiero, porque me he convencido de que no es una de tantas tiradas a los perros. Me gusta que se estime en lo que vale, porque sé que voy a tener mujer honrada; pero para esto de matrimonio sí tenemos que hablar largo y solos, porque el paso es serio. ¿Dónde nos vemos dentro de quince días?

—Donde esté mi madre.

—No, porque yo tengo que ponerle a usted mis condiciones; es lo mismo, después nos entendemos con ella; no le diga nada todavía.

—¡Pero qué capricho de verros solos!

—¡Si no es capricho! Todo el mundo arregla estas cosas calladito, solamente usted quiere que toquemos bando. Vea, al otro viaje, yo me acuesto temprano, que me vean todos, y cuando los demás anden bien disimulados, usted sale y yo la espero en el lavadero.

—¿Qué hubo, Inés? gritó la señora.

—Ya voy.

Felipe dio un salto y se escondió detrás de la puerta.

—¡Esta mujer es más dura que el temblor del año veintidós! ¡Echá acá a ver!

Entró a la cocina la madre y se dio a soplar. Silencioso, igual que un fantasma y como quien pisa en lana, salió el arriero de su escondite, atravesó el patio, saltó por sobre una talanquera y a recoger los bueyes entre los cuales se veían los blancos medio relucir en el fondo de la noche, como recortes del alba que venía; los demás andaban esfumados en la sombra.

Después de muchas lágrimas y quemaduras, hija y madre lograron encender la vela.

—Y ahora, upa, a acostarte, dijo esta; ¿o pensás despedirlo también?

La joven se metió a la cama, y encariñada con las últimas palabras de Felipe empezó a modelarlas, a unir las como en un collar, a separarlas después, a retenerlas, a besarlas. De repente una aguja fría le atravesaba el corazón y la hacía rebotar en el lecho; era el recuerdo del lavadero. —¡No, eso jamás, aunque no se case conmigo! ¿Para qué lo trajiste, mi Dios, a casa? Yo creía que era muy sabroso enamorarse bastante, y esto más parece una enfermedad; lo que más me choca es ese afán que mantengo de hacer oficio, y venido a ver, que no hago nada; ¡tanto que se demora el tiempo para pasar! Este desasosiego y aquel susto que vaya a querer a otra. ¡Si yo pudiera hablar fino, como las señoras, para conversarle bien bonito, pero, con lo montañera que soy! Oiganlo, allí está ya; se le conoce la voz porque parece cantando a toda hora. ¡Siempre es mucha lástima que sea tan endiablao! pero, yo si sé cómo lo voy a manejar mientras ver si está por algo. Nada, me levanto; ya amaneció y se va sin los tabaquitos; harto trabajo me costó hacerlos a escondidas.

Se levantó, abrió la puerta de la sala que daba al camino, y una racha serena de viento oloroso y picante le bañó la cara con voluptuosa delicia.

Ya los arrieros tenían los bueyes atados a estacas, y los aderesaban sin confundir la albarda del uno con la del otro. Por allí había un olor a

leche parecido al aliento de los niños, con que los animales embalsamaban la madrugada; el sangrero atizaba la candela donde hacía hervir el desayuno; iluminado a la Rembrandt, con luces cortadas y fuertes, parecía el muchachejo allá en la sombra un trabajador de la Fragua de Vulcano.

Taque, taque. Caía al suelo una boñiga despidiendo humo, pasaba un arriero, ponía el pie sobre aquel cojín tibio y muelle, resbalaban en él, y allá va por esos aires una maldición, vibrando como un rayo.

Felipe alcanzó a divisar a Inés, y se le dirigió como una flecha a ella despedida.

—¿Qué resolvió mi encanto? le dijo.

—Tome estos tabaquitos.

—¿En el lavadero?

—¡Quien sabe!

La señora Eugenia percibió algo del cuchichero, y corrió tropezando en un taburete. Inés voló a la alcoba, el arriero se apartó de la puerta y se agachó a buscar algo que no se le había perdido.

Así como empezaron las mejillas de Lázaro a florecer dulcemente con los sonrojos de la vida cuando el Señor le dijo: ¡Levántate comenzó el cielo por el oriente a teñirse de un carmín tan lánguido, que apenas si aguantaba lo llamasen color, y se regaba en el aire una medialuz mansa, como si dijera: No me toméis en serio, pero los arrieros la tomaron porque...

—¡Ahora sí, a cargar! gritó Felipe, después del último trago de desayuno.

—¡Arriba, pues! respondieron los demás.

Y empezó el brete.

Allí nadie ordenaba; reconociendo cada cual su obligación, no tropezaban, no pedían; no preguntaban.

—Vení con tus brinquitos, condenao, para que después te volcás una miseria a la falda, decía uno arrimando un buey a los fardos que allí estaban pesados, antipáticos, tiranos, odiosos.

—Arriba con el Centinela. ¡Esto sí es decente! ¡Tan manso! ¿No te ven esos ojazos tan lindos?

El cocinero, por su parte, empacaba el menaje de comer y atiborraba dos petacas de cuero con el almuerzo de ese día, cocido en la noche anterior, fuera de esto, frisoles, tocino y carne salada. Dobló después el trapo de toldar, puso las ollas a la vista y a lo de carguío se metió en seguida.

—Venga, Clavel, para acusarle las cuarenta, dijo.

—¡Hijue los infiernos, el maldito tercio tan pesao! renegaba otro.

—¡Pobrecito! declamaba el de más allá; ¡cómo amaneció de encanao! Era que un buey con una matadura tamaña quería despatarrarse haciendo una curva del espinazo y sacudiendo la cabeza.

Sudaban los muchachos, a pesar del frío de la madrugada, charlando espiritualmente como si manejaran algodones; por allí se oía a Felipe boquisalado y oportuno, haciendo reír a los demás. Era cosa de vérselo la

manera de alzar el más pesado fardo, y era aquí donde queríamos recorrerle con los ojos, la figura. Se inclinaba, soliviando el tercio a plomo, le metía por debajo una rodilla y luego la otra; ¡tan! lo palmeaba por un lado, ¡tan! por el otro; se le encendía la faz, y el tercio subía hasta la altura del pecho. Encorvado hacia atrás, avanzaba el mozo con firmeza haciendo vibrar el suelo y con la ligereza del que lleva en los brazos un cendal de muselina o un cesto de plumas de garza. Los músculos de las pantorrillas y los brazos descubiertos se le pronunciaban en alto relieve, como en los personajes de El Juicio Final de Miguel Angel, presentando contornos de fierro forrado en seda, irónica protesta contra la curva regalona y contemplada por la ociosidad.

Francamente, el arriero parecía copiado de modelos clásicos, sobre todo, cuando esforzaba su cuerpo y ponía palpitante una red de venas que se alzaban como un enjambre de víboras azules. Un crítico le hubiera tachado el vello de las manos y el grandor de los pies; pasara lo primero, lo otro no, porque casi todas las estatuas antiguas tienen el pie firme y grande, que no anda la belleza enredada siempre con la pequeñez.

Pero lo que más admiraban las mujeres de aquel Apolo, era la blancura de los dientes, el negror de la mirada, y más que todo, los tintes de flor de granado que llevaba por esas mejillas y que, artísticamente, desentonaban en aquel concurso de adornos varoniles.

Acabando de cargar el último buey, le dio Felipe una palmada en el —¡Arribiiiiita, cursientos, que nos coge la nooooooche!

A ver, señora, ¿qué le debemos?

—A cuartillo por cabeza.

—Entonces son: cuarenta bueyes, veinte medios, diez reales. Aquí los tiene. ¿Qué más?

—Diez tragos, cinco reales.

—Tómelos, y véndame unos tabacos. ¿No se le queda debiendo nada?

—No, señor.

—Entonces, adiós.

—Que le vaya bien.

—Hasta de aquí a quince días, que volvemos con cargas de cacao.

Y partió. Al perderse en el primer recodo del camino, se detuvo y vio a Inés que, con un lazo en la mano, por allá arreaba un ternero mirando a la vía; le mostró el lavadero con una señal, y le preguntó algo con la cabeza; la joven inclinó la suya en señal de asentimiento, tornó a tirarle un beso con los dedos, siguió andando y gritó:

—“Conde” maldito. ¿qué vas a hacer por esa barranca?

¡Veab este infierno cómo volteó la carga!... ¡Malditas sean trescientas anegas de regiones de diablos!

Se hizo al lado del fardo que caía, le metió por debajo el pecho y lo solivió poniéndolo en equilibrio con el compañero.

Un peón adelante de los otros arreaba diez bueyes, gritando con una voz lenta y pausada:

—¡Tu maaadre, esa vieja alcahueta que he de ver en los profundos!
Y alargaba la u hasta faltarle el aliento!

Otro, siguiendo una manada pequeña, respondía, cantando:

*Al otro lado del río,
se me quedó mi machete,
y, por no perderlo todo,
me puse a sacar candela.*

—Cuidado, viejito, con aflojar la canilla, le conversaba el de más acá al último buey de su partida; mire que usted se ha sabido manejar con mucha decencia.

El cocinero, delante de todos, regatón, en mano, iba cavando para esconder el camino donde, por extremada lisura, resbalaba el casco de los bueyes que avanzaban lentamente, sin atropellarse ni embestirse, porque ellos no son arriscados como los novillos, todos llevaban la lengua afuera, de donde pendía una espumilla hilada como cosa de red de arañas que iba quedando en el camino como aristas de vidrio o escarcha sutil.

Aquí soltaba uno un chorro arqueado que, como una disolución de esmeraldas, caía salpicando a un arriero, sin que este se preocupara mucho ni poco; más allá otro que sentía írsele al suelo la carga, se detenía como si dijera: ¡corred que todo esto va a romperse! Volaban dos muchachos, arreglaban la carga y tornaban a andar las partidas.

A la hora de almorzar, el sangrero quitó de su buey favorito lo comible, carne cocida, arepas de maíz y panela, y se volvió hacia atrás, dándole a cada compañero su ración. Mascando, se espresaban a terronazos con los animales, pues que estos de cuando en cuando paraban porque el de adelante se detenía a ramonear hojuelas de batatilla que colgaban en festones de las barrancas húmedas.

Llegó el mediodía que, con su bochorno y todo, no trajo pereza para los arrieros; lo mismo que al alba maniobraban ahora; si los mortificaba la sed se tendían boca abajo a la orilla del primer arroyo con que topaban, prendíanse de dos piedras y metiendo los labios en el frío remanso, hacían de bombas de pozo artesiano, bebiendo hacia arriba; esto cuando no les daba por poner el sombrero al tres y recoger agua en él o doblar en cono ancha hoja de arbusto y beber en aquel embudo tapado como en frágil copa de vidrio verde.

Medio día por filo hicieron alto en un vallecito encerrado casi por un guayabal; abrieron el toldo, descargaron los bueyes en el mismo orden con que hicieran lo contrario, les dieron agua en una corriente que por allí sonaba entre una umbría, y los desparramaron por el camino en busca de comida; algunos de aquellos infelices andaban tan magullados de carnes, que tuvieron a bien reposar al pie de la blanca habitación; así se ven en las copias de oriente, camellos amarrados a las tiendas de los árabes en las tranquilas noches del desierto. Ahí volvieron a pasar la tarde entretenidos en pequeñeces, pongamos por caso, rebujando los guarnieles entre los cuales, baratija menos, llevaban eslabón y piedra, una vara de hilaza color de fuego, aguja de enjalmar un lío de cabuya, un espejo, carreta de

hilo, cartas y papeluchos, billetitos mugrosos muy aplanchados y de pequeño valor, y en el bolsillo íntimo unas flores secas y guedejas de pelo envueltas con amorosa delicadeza en papel de seda.

Por esos caminos se quedarán algunos detalles; los muchachos, después de algunos días, llegaron a Manizales, entregaron al comerciante su mercancía, al hacendado sus bueyes, y amanecieron muy otros a la siguiente mañana, queremos decir, mejor trajeados: en vez de los sudorosos y hediondos trapos del trabajo, elegante sombrero de suaza, amplia ruana de paño azul olorosa a almacén de telas, camisa blanca y pantalones de pañete; alguno de ellos avanzaba algo más los amagos a cachaco, mostrando en onda abierta preñida de la pretina de los pantalones, una cadena de plaqué, ordinaria y gruesa como para un perro, más bien que para un reloj.

Antes de las seis de la tarde estaban comprometidos todos a emprenderla otra vez con una cargazón de cacao, camino de Medellín.

—¿E Inés?

—¿Ah?

Inés se quedó la mañanita del beso alado que le encaminó Felipe, pensativa y cogiendo inconscientemente y con dos dedos de un pie, una fresa roja que parecía hubiese madurado sobre sus labios.

Adrede, y contemplando el antojo, hemos dejado lo que hay para decir de la figura de la joven hasta ahora, porque estábamos, como quien dice, agrupando los detalles del pedestal. Bella o no, he aquí la estatua.

Plegado en la cabeza un pañuelo de colores brillantes y conduciendo el becerro, lo primero que forjaba el pensamiento era que la habría tomado por una de sus hijas cualquiera de las tribus que demoraban en las llanuras de Senaar. Lo que más rápidamente se venía a los ojos del que la contemplaba era el colorido quizá vulgar para las gentes del buen tono, que diz que se las pelean por las mujeres pálidas, alumbradas con luz de luna, porque en las mejillas de Inés estaba amaneciendo a toda hora con resplandores sanguíneos, como si anduviera siempre dentro de su pecho en ascensión triunfal el sol de la vida; los ojos los tenía así como se lo cantó Felipe en el lavadero; por allí en la nariz, del corte de la de los judíos, se le estaban una que otra pequilla que, aumentadas con cuatro más, habría echado a perder el hechizo de aquella cara morena y amable, tan poco cuidada de los rayos del sol. Los cabellos eran un matorral negro que no soportaba más moda que dos trenzas gruesas, largas, rematadas en manojos de bucles, tal así como dos ríos que después de correr encauzados largo trecho, llegasen a una llanura y se desparramaran en brazos.

¿Resulta bella no es cierto? Es natural: hija de sanos patriarcas campesina antioqueña; nacida y espigada en tierra fría. La culpa, si es que choca el paralelismo de esta belleza y la de Felipe, la tienen la tierra en que habitaban o la raza de donde venían.

Mas, ¡ay! que así como en el corazón de lozana fruta suele holgarse un gusano, una guayaba, por ejemplo, en el hondo ser de la doncella se estaba el amor hecho un tirano que la traía pensativa y con ganas de llorar.

—Dios mío, iba diciendo detrás del ternero, si no se ha de casar conmigo, quítame esto tan maluco. ¿Por qué se me habrá vuelto tan aburri-

dora la casa, mi madre tan caprichosa y lo demás tan triste? Es que... yo que sé... lo que quiero es tocarlo y, si fuera chiquito, guardármelo en el seno para que no se provocaran las demás; es un antojo como de beber en los charcos donde beba él, llorar hartó cuando le duela alguna cosa, ¡ay Jesús!, como de que nos fuéramos juntos a la gloria! Fue que hasta la gana de comer se me acabó, y si durmiera! Esto, más bien, es como una peste que al que coge lo tulle.

A poco empezó a ordeñar.

—Acabá y veni, que te necesito, le dijo la señora Eugenia mal encarada.

—¡Alguna buena cantaleta! rezongó Inés limpiándole las tetas a la vaca con las cerdas de la cola. ¡Qué calamidad tan grande es tener que dar cuenta de cuanto paso se da!

—¿Qué estás refunfuñando vos?

—Nada, señora. ¡Estate quieto, tragón! Y le dio una palmada en el hocico al ternero que, a fuerza de tirar hacia atrás, había reventado la cuerda que lo ataba a un poste del corredor que daba al camino. Logró el pobre dar dos o tres cabezadas contra la ubre, pero nadita de lo blanco, porque la joven, después de añadir la cuerda, le dio rápido tirón y lo ató por segunda vez. Comenzaron ella a ordeñar y la espuma a subir desde el asiento de la vasija como niebla matinal que asciende lentamente del fondo de una cañada. Vino otra olla, y aquel manantial de vida no agotaba su nivel aguacero. Al fin se enderezó la ordeñadora, deslió las patas de la vaca, soltó el ternero, le dio con el lazo en la cabeza y le dijo:

—¡Ahí te dejo una teta, parecido!

La vaca dio tres pasos, mas hubo de parar, porque el hijo se le atravesó. De aquellas cuatro fuentes color de ébano chupaba el hambreado animal, hasta que dejó la ubre lacia y colgante como una bandera mojada; entre tanto, a la madre se le adivinaba la fruición placentera que sentía, mascando con calma lo ya mascado, los dulces ojos negros suavemente velados por las pestañas. A una pedrada de un muchacho despertó y siguió andando; el ternero, no satisfecho aún, se le puso detrás, le metió la cabeza por entre las piernas y se le volvió un apéndice de cuatro patas.

—Bueno, señora, ¿para qué es? dijo Inés, entrando a un cuarto donde la aguardaba sola la señora Eugenia.

—Es para decirte que me tenés con mucha rabia.

—¿Y por qué?

—Porque así no se maneja una señora.

—¿Y yo qué he hecho?

—¿Qué más que admitirle los floreos a aquel perjuicio!

—Pero él, ¿qué me ha dicho?

—Vé: no me vengás con disimulos, porque él no se ha estado vuelto un santo con vos; me confesás todo, o te mato.

—Ah, pues máteme, porque no me ha dicho nada.

—¿Como si se lo estuvieras contando a Dios?

La niña se sonrojó, e inclinándose, cogió a torcerla una punta del delantal.

—¡Para que veas! Inés, por la Virgen. ¿Qué es lo que quiere ese hombre?

—Yo no sé.

—Pero, vos ¿qué le has calculao?

—Ah, pues que...

—¿Se va a casar con vos? ¿no te lo digo? ¡Ah, criatura inocente! no tiene tanta así de malicia. ¿Ya te propuso?

—El, sí.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Anoche, pero no quiere que usted lo sepa.

—¡Conque no lo sepa yo!... ¡Ah sabroso! Andá viendo por allí no más la honradez de ese maldito.

—No, que sí lo sepa, pero cuando tengamos todo arreglado.

—¿Arreglado para qué?

—Las condiciones, pues.

—¿Qué clase de condiciones?

—Yo no sé.

—¡Ah hombres condenaos! Véanle las argucias a este infame! Pues, señor si es que va con Dios por delante, por qué no me coge y me dice: vea que yo tengo gana de casarme con la muchacha, y se acabó: yo sabré si me conviene; pero ¡qué! viene, engatusa a la otra boba y le hace creer hasta en pajaritos de oro. Pero, eso sí, no me llamara Eugenia si no le quebrara un garrote en las costillas! Pues es que no es más que ir llegando, rebrujarle la conciencia a la muchacha honrada y voltear? ¡Eso sí que no! Mirá, Inés, vos no sabés todavía bien lo que son los hombres malos; y las tretas que tienen para engañar a una infeliz.

Lo primerito que hacen es hacerle creer que es la más linda que conocen: después se vuelven los tristes, de puro enamorados, dicen ellos; le traen regalitos a la otra, se hacen bravos cuando la muchacha es arisca, como para no mostrar mucha angurria. Poco a poco se le van acercando, hasta que le hacen creer que se casan con ella, ¿Y sabés lo que resulta? Que dejan a la infeliz muy buena para estar en los infiernos, y a los padres llorando por toda la vida, en castigo de su descuido, porque ninguno de estos malvados cumple lo que promete a no ser que los hermanos de la desgraciada cojan al pícaro y lo lleven a la iglesia, entre palos y barberas. —Y vé:

Se conoce mucho cuando son formales, porque se vuelven bobos para hablar, les dan los regalos a las novias delante de los padres, y no andan saltando al ojo a ver cuándo está sola la otra para meterle carrera, como hace aquel Caifás. Pero también te digo una cosa: no vas a creer que todos los que la dan de humildes y rezaderos son buenos, no, ése otro camino que cogen muchos, y si vamos a cuentas, esos son los más peligrosos, porque enamoran en el nombre de Dios, con rosarios y estampillas de la Virgen. En fin, lo único que te aseguro es que no hay nada más trabajoso que conocer a estos diablos. Vos no sabés el montón de arrugas que tienen, y comienzan a soltarlas cuando ya no hay remedio. Y es tan bri-

bón el tal Felipe, que delante de mí no te voltea a ver; pero, eso sí, le hablo a mi cuñado José María, para que le alce madera sin caridad.

Y vos hija, ya sabés lo que has de hacer.

Ya ves que una mujer de esas no vale una navaja sin cuchillas, y aunque valiera, arriba está mi Dios, que se tapa la cara cuando se las mientan.

Cuando tu padre murió, estando vos muy chiquita, me dijo, antesitos de cerrar los ojos: Usté sabrá, querida, qué hace con Inés: si no se casa, devuélvasela a Dios como El se la entregó.

Conque, hijita, no des un paso ni digás una palabra sin hablar primero conmigo, yo te lo ruego por los dolores de la Virgen, ¡figure! ¿qué es una mujer sin el temor de Dios? Vale más una piedra de la calle, porque a la piedra no le sacan el cuerpo las gentes honradas, ni todo el que pasa le va diciendo lo que se le antoja.

Tiráte más bien por un volcán que hacerle caso a ese hombre: vos no sabéis los daños que ha hecho. Tiene bonita cara, nadie se lo va a negar, pero, ¿qué se gana si la conciencia la tiene hecha una matadura de buey? No te faltará, Dios mediante con quién casarte, y si no te casás, que no te quede vergüenza de presentarte al Tribunal de Dios. Es que no hay cosa más linda que una mujer honrada, aunque sea más fea que el pecao mortal! ¿qué decís?

—Pues que sí.

—Vea, hija, yo soy trabajosa a ratos con usté, pero no es porque no la quiera, sino porque la quiero mucho y me da miedo que cualquier perdonavidas me le diga lo que no le debe decir; por eso no me gusta que aquel hombre vaya a cantar a la cocina, ni que usté le hable. Conque, ¿me promete no volver a darle lado ni admitirle conversación?

—¿Y qué remedio?

—Váyase, pues, a alzar el almuerzo, que ya es muy tarde. Cabalmente que no es ninguna tarasca.

Inés se apartó de la señora pensando:

Lo que si es cierto es que Felipe mantiene antojo de vivir abrazando, y tal vez será pícaro, no digo que no. ¿Por qué habrá cristianos así? Pero, ¿por qué hay mujeres bobas también que se dejan engañar? Pues yo no soy de esas, y se lo voy a probar a Felipe. ¡La trompa que le voy a estirar de aquí a quince días!

Cabalmente que José, el de mi tío José María, me está bregando hace tiempo, y ése si paga, porque es, como dice mi madre, boboncito, y, aunque no lo quiera, he de tener el gusto de charlar harto con él cuando venga Felipe, pa hacerle dar rabia.

Por ahí salieron a relucir entre la serie de desprecios que le guardaba al mozo unas cintas muy vistosas, un traje de muselina muy alegre, algunos gestos y quién sabe cuantas escupas. Serena de espíritu la niña como ágil de cuerpo, emprendió el brete de todos los días cantando, por más señas, y muy de esparcimiento con su madre; por tanta tranquilidad, parecía agua de remanso.

El primo José se desleía en almíbares viendo la buena cara que su prima le ponía, y se tornó el infeliz en una máquina de cándidos galanteos, más, resultaba que el remate de sus visitas era atropellado casi siempre por esta frase de Inés:

—¡Eh, usted si que es montañero!... ¡Sale con unas bobadas! Vaya acuéstese.

A la octava noche la joven tenía dolor de cabeza, y se estuvo metida entre una alcoba a despecho del pretendiente y de la señora Eugenia, que modelaba con cariño la pasión del sobrino, como que a leguas se le veía la candidez angélica de sus intenciones.

—Vos, ¿por qué no salistes esta noche a recibir a José le preguntó a la hija a tiempo de acostarse.

—¡Me tiene aburrida con sus bobadas! ¿No le oyó los versos esta noche? Diz que me los va a mandar escritos junto con una cría de piscos. Y a su modo siguió cortándole un sayo, que ni modista parisiense.

—¿Y qué querías? ¡Será por tan sabida que es ella!

—Pues no seré, pero...

—¿Pero qué? Lo que te gusta es que te echen enredijos que no se entienden o que te digan picardías untadas de miel, como aquel Barrabás.

—Tampoco, pero por lo menos que sepan hablar.

—¡Apagá esa vela!

Inés se acostó a mirar las goteras del techo, que por el interior de la casa se veían como un bordado de estrellas en campo negro. Vuelto astro de primera magnitud, andaba Felipe en aquella constelación con sus divinos ojos, sus cabellos frescos y su boca de miel.

—¡Pero está frío! Eso sí, con el boquiabierto de mi primo tampoco cargo; ese almártaga lo que ha hecho es que yo lo aborrezca más que antes.

La víspera de la llegada de Felipe amaneció la joven tristona y ali-caída. Su madre, que no le perdía gesto ni palabra, le dijo tiernamente:

—Eso es, hijita, bien sería; mañana se va a manejar usted como toda una señora y me comprometo a llevarla al pueblo a Semana Santa y a darle traje negro. ¿Quiere irse para donde su tío José María y estarse allí hasta pasado mañana?

—¿Para qué?

A poco, Inés, rebuscando palillos secos en los cercados para meter al fogón, murmuraba para sí: más es la alarma que otra cosa; no veo por qué es malo ir al lavadero; si Felipe no me dice nada, me vengo a toda carrera; la que se quiere cuidar se cuida. ¡Sabe Dios todo lo que tendrá que decirme! y si no aprovecho esta ocasión de hablar con él, no hablaremos jamás, porque mi madre es más topante!...

Y amaneció el otro día, uno de aquellos de cielo lavado, sol hecho un Lorenzo el Magnífico, aguas claras y pájaros en su oficio. Por allí iría con el alma de Inés; ella también sintió que cantaban "gloria" allá en los abismos del corazón; sin embargo, temerosa de desobedecerle a su madre, decía:

—Pero, ¿ya qué nos ganamos? ¿Qué cara irá a poner cuando yo no le conteste el saludo? Y eso que saludarlo no tendría nada de particular, todos los amigos se saludan; es que para espavientera no le gana ninguna a mi madre.

Y siguió en su oficio, tranquila al parecer.

Al medio día oyó venir de lejos un grito largo, agudo, que remató desvanecido.

—¡Virgen Santa, los arrieros! Y empezó a temblar.

—¡Allá vienen aquellos empalagosos! le dijo la señora, entrando a la cocina. ¡Ya sabe, hijita, ni agua! y yo le ayudo desde la tienda a hacerles mala cara, ¿oye?

—Sí, señora.

Pero tan poco entonada la respuesta, que casi no se le oyó.

A poco apareció por un extremo del camino la cabeza de un buey, la carga luégo, después otro, y otros; y, por último, Felipe; su amada, atisbando al través de dos latas de la cocina, se puso las manos sobre el corazón, semejante a la madre que para salvar al hijo de un peligro le tapa la boca, ahogándole el llanto. Y viene de sombrero nuevo, decía, y trae un pañuelo de seda azul amarrado en el cuello, y se afeitó; ¡ah maldito lindo, Virgen! ¡Y yo que creía que le estaba cogiendo aborrecimiento!

—¡Adiós, señora Eugenia!, gritó el arriero.

—¿Cómo le ha ido? respondió ella sin mirarlo.

—Así, regular. ¿Que tal está?

—Vea Felipe, que todavía es muy temprano, y que pueden andar, por lo menos, media legua.

—¡Ni riesgo! Traemos uno a rastras.

Sin mirar a la cocina ni buscar a Inés por parte alguna con los ojos, procedió a enterrar mejor las estacas que ahí estaban para colocar el toldo. Pasado el brete de la descarga, bebida de los animales, etc., etc., se arrimó el mozo a la tienda con temeroso recelo a meterle palique a la dueña, que seguía agachada cosiendo unos calzones, topetadas las cejas.

—¡Y usted, dale al trabajo! Eso es lo que se llama no vagar, le dijo.

—Pues sí.

—¿Qué horas serán?

—Quién sabe.

—¿Ha llovido mucho por aquí?

—No me acuerdo.

—¿Qué hay por fin de Semana Santa en el pueblo?

—Ni sé.

—Véndame unos traguitos.

—No hay.

Felipe bostezó, y estirando los brazos salió.

—¡Ah condenada vieja, decía a media voz; estás fría!

Aunque la metas debajo de siete llaves, te la saco de allá, y si no fuere esta noche, me quito el nombre. ¡Ni aun gente más despabilada! Y que viniera ahora este esqueleto a dejarme con la vergüenza en la cara. Yo te contaré un cuento esta noche, si no después.

Se metió entre el toldo a ocuparse en pequeños quehaceres, como remendar una alabarda, pero colocado frente a un agujero que formaban tres tercios y por donde se podía ver la cocina.

Inés no asomó por allí durante la tarde.

—Cuando menos, pensaba Felipe, que le contó a la vieja el compromiso y me cerraron el trique que dejé abierto hace quince días.

Entre tanto, su amada, metida en una alcoba, hablaba así con Rosario:

—No se lo vas a decir a nadie.

—No creás; pero contá bien cómo es la cosa.

—Ah, pues él me propuso, pero diz que tiene que ponerme condiciones.

—¿Y vos, qué decis?

—Que no, porque mi madre no quiere que nos veamos sino junto a ella.

!Valiente capricho el de tu madre! querer que el pobre Felipe toque tambor para decirte que te quiere.

—Eso digo yo.

—¿Y dónde quedaron en verse?

—En el lavadero.

—¿A qué horas?

—No me dijo; apenas convinimos en que sería esta noche.

—¿Y no vas?

—Yo estoy así... Me da miedo la desobediencia a mi madre, lo demás no, porque él que me dice una extravagancia, y yo que le escupo y me vengo.

—¡Eso es lo que has de hacer! ¡qué le parece! Perder la ocasión de casarse con este trozo de hombre por no darle gusto en una nada como es ir al lavadero y volver. Quién sabe qué cosas tendrá que decirte, ¿sabemos? Yo de vos, ve: aunque fuera saltando candelas.

—Asomate a ver dónde está.

Rosario no lo vió, pero él a ella, sí, atisba que atisba para todas partes.

—¡Esto está bueno! dijo el arriero endiablado, y siguió remendando su albarda.

—No se ve, ole Inés. ¿Será que ya está esperando?

Yo me voy, porque me coge la noche. Por la mañana vengo a que me contés todo lo que te diga. Y ya sabés: si no querés quedarte solterona y pasar como una montañera encogida, dale gusto; lo que has de hacer es no tardar mucho, para que tu madre no note.

Y salió.

Rosario era otra que tal, locuela que no estaba al tanto de la hondura de ciertos pozos que negrean a la sombra de un palio de flores.

Sin que fuera inocente —ya se sabe que a poco más de cortarle a un chico las guedejas rubias de la niñez deja de serlo— no maliciaba el tizne de los consejos que daba, pues que, ni que estuviera dejada de las manos de Dios, se atrevería a prodigarlos con tal afán. Sinceramente creía como Inés que Felipe era chancero y nada más.

A eso de las seis de la tarde estaba el mozo muy encamado, ceñida la cabeza con un pañuelo. La señora Eugenia, en són de llamar unos marranos pasó por delante del toldo y lo vió. Tenía ojo cerrado y todo, más no tanto que no pudiera seguirle los pasos a la señora. Ya sé, murmuraba, que me estás buscando a mí, vieja intrigante, andá a acostarte tranquila, que yo estoy dormido.

¡Chino! ¡chino! Pero los marranos andaban por otro lado, porque no parecieron.

La señora tomó sosiego, le dio un vistazo a su hija, que se ocupaba a puerta cerrada y vela encendida en sacarles niguas a los hermanitos, y luego se fue a la tienda a atender a los pedidos que le hacían los campesinos.

—¡Ay, no me chucés tánto! decía un chico sentado en una cama, ido el busto hacia atrás y apoyado en las manos.

—Eh, verdad; aquí no tenés nada, y yo echándote aguja.

—Es que estás como ciega.

Efectivamente, había empezado la tentación, empujada por los consejos de Rosario. Haciendo Inés las cosas automáticamente, daba y daba vueltas con el pensamiento alrededor del lavadero, como la hoja que voltea y vuelve a girar en torno a una vorágine.

—¿Qué hago? se preguntaba. Si no fuera por mi madre, yo iría, porque, como dice Rosario, nada tiene de particular ir al lavadero y volver; lo único que me da miedo es la desobediencia, pero, y si dentro de un rato venimos los dos cogidos de la mano y le decimos: ¿Que si nos da permiso de casarnos? ¿No se muere mi madre de gusto? ¡Figure con el trabajador que es Felipe! Yo no sé por qué ella le tiene ojeriza. Y sobre todo, no soy ninguna boba; él que me falta al respeto y yo que le escupo y me vengo; ¡nada! yo conozco mucho a los hombres.

Siguió pensando otros momentos.

—Muchachos, dijo al fin, ya no les despulgo más, tengan aquí la vela que voy a atizar el fogón.

Salió en puntillas al patio, atisbó para el lavadero y alcanzó a ver la figura de un hombre recostado a un tronco. Se metió corriendo otra vez al cuarto. Arrimada a una imagen de la Virgen que estaba entre un nicho de percal y muy cuajada de faldas, ojo contrito y manitas rotas, empezó a arreglarle inconscientemente el vestido mirándole la cara de cuando en cuando.

—¡No dejes venir a mi madre, Reina de los Angeles!

Muchachos, voy a bajar aquella olla, esténse aquí.

Pero dejanos la vela, que vamos a hacer con cera unos caballos.

—Si bueno; pero no se mueve ninguno de aquí.

En el umbral se detuvo otro momento. Como Margarita, quedó inmóvil, atraída por dos fuerzas contrarias: Felipe y su madre.

A poco rato cogió un trapo mojado de los que había por allí en las talanqueras, y se fue con él. Corriendo por el huerto de la casa y al borde de una zanja que orillaba el camino, erizada de morales y chamarasca, nadie pudo verla. Con la agilidad de un perro saltó a la vía y a pocos pasos de Felipe.

—Bueno, ¡a... quies.... toy! dijo, tragando saliva.

—Arrímese, que la ven.

—No diga las condiciones.

—Mire, amor mío, que de la casa pueden verla, porque allí está alumbrado por la luna; hágase a esta sombra.

—Diga las condiciones; es lo que ha de hacer.

—Acérquese, Inesita.

—Ya me voy, Felipe; usted como que no me tiene que decir nada.

—Ahora vamos a hablar con su madre, pero óigame primero.

—¡Dios mío, qué es lo que yo he hecho!

Ahí cerquita el agua del lavadero parecía que rezaba dulcemente debajo de un carrizal combado, salpicada con una muchedumbre de hostias que regaban los rayos de la luna, atravesando el alto matorral; un árbol negro delante de la joven aturdida se mecía con el viento, cabeceando como el que dice: ¡no! ¡no! ¡no!

—Le juro, hermosa de mi vida, me caso con usted.

—Y yo le prometo ser buena mujer. Camine a hablar con mi madre.

—¿No se acerca un momento?

—¿Para qué?

—¡Usted no me quiere, Inesita! Felipe le dio un tono sentido de voz.

—Vea, como a un santo.

—No parece, alma mía, porque cuando una mujer quiere de veras, si el hombre le dice bótese por este peñasco, por él se bota; si el novio tiene que ir a un presidio, ella se va detrás; pero, ¡justé! qué le parece, no querer dar cuatro pasos, y eso porque no la vean de la casa. Lo que gana uno con ser constante, enamorarse de ese modo y... Felipe sacó un pañuelo. —¡Yo que había pensado tanto en lo sabrosita de la vida que íbamos a pasar! Ya tenía en compra una casita en el pueblo, chiquita como para los dos, pero ya... ¿por qué me ha hecho sufrir así, para salir hoy con que me tiene miedo? Si no me hubiera dicho que me quería, yo no hubiera perdido mi tiempo y talvez estaría casado con otra; pero no, ¡imposible! quererla como a usted!...

Y remató Felipe esta lamentación con un suspiro que a poco más era un gemido.

—Si, yo sí me caso con usted, exclamó Inés enternecida.

—¡Sin quererme! Hace bien, yo soy un cualquiera.

—¡Ay, por Dios, no diga eso! ¿Qué quiere que haga para conven-
cerlo? ¡Aquí estoy pues!

Y dio los cuatro pasos.

Felipe no se dio por notificado, y siguió limpiándose los ojos con un pañuelo.

—Diga ahora sí las condiciones.

—¿Pero, ¿qué condiciones con una mujer que cree que su novio es un tigre?

Se apartó de ella otros cuatro pasos, y hacia la sombra.

—¡Ahora se pone bravo!... No sea así, Felipe. Es que... franca-
mente... yo no sé como debo manejarle para que después usted no me
vaya a echar nada en cara.

La joven, andando detrás del arriero, le puso una mano en el hombro.

—Dígame usted, querido, continuó, qué debo hacer, y yo le prometo
obedecerle; me he convencido de que es honra, pero no se moleste conmigo,
no, perdóneme es que yo soy muy montañera, si supiera qué tanto lo...
Inés rompió a llorar.

—De veras, ¿me quiere mucho? ¿muchísimo? ¡Inés querida! dijo Fe-
lipe volviéndose hacia ella. Sopló el viento de la noche, y el árbol negro,
sacudido, iba a dejar caer una lluvia de albas flores, cuando gritaron:
¡Inés!

Los dos jóvenes miraron al camino y vieron a la señora Eugenia que
corría desalada.

De un salto se escondió él detrás de un barranco, ella se dirigió a
encontrarse con su madre, llevando en las manos el trapo mojado.

¡Inés!

—¡Señora! ¿Pues no ve cómo se me olvidó esta funda hoy por la
mañana? Me acordé ahora y vine a llevarla. ¡Tengo un miedo!

La otra se quedó mirándole la cara a su hija, pero no le vio en los
ojos más que las vaguedades de todo lo que está bajo el manto de la
noche.

—Caminá para la casa, dijo.

Mientras tanto, Felipe, tomando un atajo, rápido como una torcaz,
había llegado y metídose en el toldo; cuando la señora, de vuelta del
lavadero, pasó por ahí, lo vio y hasta lo oyó roncar.

—¿Dónde está Inés? había preguntado entrando a la alcoba.

—En la cocina —le respondieron. Fue allá.

—¡Inés! Nadie contestó. ¿Pero qué se hizo? ¡Virgen María, no me
la dejés sola! Y corrió instintivamente camino del lavadero. Ya se sabe
cómo, estratégicamente engañada, no le quedó derecho para reconvenir a
su hija, porque andaba en cosas de fundamento.

Cerradas las puertas, se dio principio al rosario, el opio de los niños, pues que al final de él no había uno despierto. Poco después las dos mujeres desveladas contemplaban el silencio de la joyería de diamantes que andaba engarzada en el techo, pensando así cada una.

La madre: —Es tal el susto que da cuando mi muchacha no está conmigo, que ya yo le estaba echando la culpa a la Virgen, porque cuando nació aquella se la entregué y le dije: si no está conmigo, vos estarás con ella.

Vergüenza tengo de que Inés me hubiera visto tan alarmada, pero así debe ser; si da una desgracia, que no le quede remordimiento a la madre; si las que han llevado sus hijas cosidas a las faldas dicen que duele tanto esa vergüenza, ¡cómo será para las que se descuidan!

La joven, a su vez, modulaba sin ruido:

Los hombres son mucho más malos de lo que me dijo mi madre. Ella cree que todos corren siempre detrás de las mujeres, y resulta que, cuando menos pensé, Felipe me puso a andar detrás de él en el lavadero. ¿Qué habrá pensado de mí? ¡Ah mujer bestia! Si tenía intención de casarse conmigo, ya se la quitó.

Pensando en lo sucedido aquella noche, el alma de Inés tenía entrada franca a los antros del pecado; hasta la tarde anterior había encontrado la puerta con los cerrojos corridos: ya todos aquellos pensamientos impuros ¿quién no los tiene? que estaban como abocetados en el fondo de la memoria, esos deseos vagos teñidos de blanco y negro, el mudo espoleo de la naturaleza, que antes no entendiera la joven, quedaron dibujados por Felipe, definidos, claros, palpitantes, abrumadores; el alma había perdido la insegura, castísima forma del botón, que el cuerpo conservaba, afortunadamente, y era esa noche una flor abierta, iluminado su cáliz por una luz hiriente y extraña. Inés no estaba presa en las cárceles del pecado, pero su espíritu andaba por entre los encarcelados. Viendo la vida que llevaban aquellos infelices, sintió la doncella vergüenza de virginidad sorprendida, pero no se acordó de mirar al cielo, al hogar, a su madre, a la estatua de la Virgen y sus ramas de albahaca, ni dijo: ¡qué horror! Porque tenía casi seguridad de volver allí rea, en cuerpo y alma, conducida por Felipe. Al salir, oyó, a su oído forjó una carcajada de todos los pecadores, que le decían:

—¡Hasta luégo!

Miró indiferente hacia atrás, y respondió:

—¡Hasta luégo! Porque era capaz de todo, en medio de su desvarío.

Al otro día, cuando se levantó, tenía una arruga en la frente.

Muy calladitos madrugaron los arrieros.

Los amigos de Felipe empezaron a darle dulcísimas bromas, referentes a la aventura de la noche pasada; él sonreía sin asegurar ni desmentir; cuando alguno lanzaba sobre la doncella una de aquellas frases que, como un martillazo en lo material, aplastan una reputación, respondía sonriendo con cierta sorna: callen la boca, muchachos... no sean lengüillargos... Era de aquellos que prefieren perder la fruición de una victoria

ganada en silencio, a trueque de que se la celebren en público, aunque no la hayan alcanzado; rara condición en un mozo de ruana, porque casi todos estos Tenorios llevan levita. La vanidad le tapó la boca.

Inés pasó el día adusta y silenciosa. Por la tarde le dijo a su madre:

—Me voy por leña con Rosario; de pasado la llamo.

Cogió un calabazo, un lazo, el trapo de hacer rodete, y salió por una cuesta arriba, en cuya cima empezaba un cañaveral de maíz, el cual bajaba por la falda opuesta a la que subía la joven, iluminado a esa hora por el sol poniente.

Llamó a su amiga, ascendieron con el calabazo al hombro, deteniéndose de cuando en cuando a mirar a la casa de Inés, en cuya puerta estaba la señora Eugenia contemplando a su hija.

Llegaron a la cocina, tornaron a mirar hacia abajo, y exclamó Rosario:

—Allá está tu madre echando ojo para acá.

—Es tanto lo que me mortifica esa manera de quererme, que casi estoy porque me aborrezca; tanto afán de cuidar a uno es tiranía; muy sabroso es el amor pero, no así:

—Ole, no seas desagradecida; ve que si no hubiera sido por ella, anoche... según me cuentas...

—Es que estoy tan aburrida, que ya no sé ni lo que digo.

La señora Eugenia sintió extraña palpitación dentro del pecho cuando vió a su hija volverse una silueta negra que se destacó un momento en el fondo dorado de los cielos y que, bajando en seguida, se perdió detrás del filo. ¡Nada! dijo, me voy detrás; a aquella hija le ha sucedido algo que yo no sé, algo porque hoy no me ha hablado una palabra.

Entraron las muchachas al cañaveral, cuyo terreno estaba formado por una explanada que bajaba a manera de rampa hasta perderse en una llanura y de cuya cima, arrancaba hacia el cielo un tronco enormemente podrido, y al pie del cual se sentaron las dos a mirar la puesta del sol.

—¿Y qué pensás hacer? preguntó Rosario.

—Matarme.

—¡Tan fácil que es!

—Irme con él, entonces.

Los rumores de la tarde ahogaban un suspiro que se le escapó a la señora Eugenia detrás del viejo tronco.

—¿Y por qué no esperarás a ver si da forma de casarse?

—Ya no hay riesgo de que piense en eso; ¡y yo tengo la culpa!

—Inés rompió a llorar.

—¿Vos, por qué?

—Porque... sí, porque ya no me tiene confianza.

—Olvídalo, entonces.

—¡Ay, ay! Cuando me muera. Mirá, vos no sabés qué es esto; lo único que te digo es que me dejaría cortar un brazo con tal que Dios me aliviara. Y estoy resuelta a irme con él, no soy la primera; el día que me abandone, me mato.

Se quedaron en silencio.

El sol iba a hundirse entre cuajarones de luces rojas, y se veía como la cabeza de Juan segada del cuello, flotando entre una rompiente de gloria; entre los ojos pardos de Inés se copiaba toda la excelsa muerte del astro.

—¡hoy sí que está linda la tarde! dijo Rosario, levantando la frente.

Por allá arriba en el cenit era un tono desmayado como el primer baño de cielo que se da al comenzar a pintar un paisaje en acuarela.

—Y si te vas con él ¿qué le respondés a Dios?

—¿Por qué no ha hecho, pues, que Felipe se case conmigo?

—No te convendrá.

—Entonces ¿por qué me dio este cariño tan horrible?

—Eso sí no sé yo.

Reinó el silencio otra vez, interrumpido a intervalos por los picotazos de un carpintero que con su copetico de llamas subía perpendicularmente por el tronco, pica que picarás en la corteza. Allá lejos, en el confín de la llanura que las jóvenes tenían delante, brotaba del techo de un hogar una ráfaga de humo azul, que ondeaba en el aire, desvaneciéndose en el fondo moreno del crepúsculo.

—Vamos a recoger la leña, dijo Rosario.

—Aguárdate; ahora llevamos aquellos dos trozos que están cortados allí, y en la casa los rajamos. Conque aconsejáme qué hago.

—No querida, yo no sé. Me puse a decirte que fueras al lavadero, y ya ves la hondura en que te metí.

—¡Boba que soy yo! Ponerme a preguntarte lo que he de hacer, cuando ya estoy resuelta.

—¿A qué?

—A irme con él.

—¿Y tu madre?

—Vamonós ahora sí, y oí: vos sola sabés esto.

—Perdé cuidao, pero sí te suplico que veás bien lo que vas a hacer.

La señora Eugenia se deslizó con maña por entre las zarzas y salviales del cañaveral, y, dando ciertas vueltas para que no la vieran, se puso en camino de la casa.

Las dos amigas alzaron cada una un trozo de palo grueso, se lo colocaron horizontalmente sobre la cabeza, y partieron. La noche negra empezaba ya a derramarse en el aire, como se iba regando en la conciencia de Inés la resolución de irse con Felipe.

—¿Qué hago? preguntaba a los cielos la madre dolorida, Si me voy a otra parte, nos moriremos de hambre, y si me quedo, pierdo a mi hija;

no, no, yo me le voy a hincar a aquel hombre, a rogarle que por la Virgen nos deje en paz, y que me comprometo a pedirle por él al Señor. De aquí a quince días lo cojo y le cuento mi situación, y le suplico que no pase más por aquí. Resulta que si anoche me descuido, ésta sería la hora en que yo no encontraría dónde esconder la cara.

A Inés no le diré nada del camino que ha pensado seguir, porque puede ponerse peor la situación, aquí no hay más que andar lista con ella y ablandarle a él el corazón.

—Ay, Dios mío, no te pido para él castigo ninguno, pero si te pido que le des un hijo algún día, para que vea cómo se le desea la muerte más bien que verlo deshonrado.

Siguió la pobre madre concibiendo una como plegaria bordada de lágrimas y sollozos para decírsela a Felipe al momento en que lo viera.

Inés no habló palabra durante quince días, que pasó haciendo lo de su antojo; por la mediatinta azul que coronaba sus pómulos se podía colegir la escasez de su sueño; la señora Eugenia la trataba con la dulcísima que se emplea en un niño enfermo, y con algo como respeto o timidez; creía que sobándole blandamente las alas a la paloma no las abriría jamás.

Y esperaron el lunes fatal, sin hablar de él ninguna de las dos.

Sentadas codo a codo en el quicio de su puerta, rasgaba zaraza la una y basteaba la otra, cuando vieron asomar por los dos extremos del camino a la vez, dos manadas de bueyes cargados. Las dos mujeres palidecieron sin decir una palabra. A poco se levantó la señora; Inés siguió a puntadas largas metiendo la aguja por donde caía, que la mano le temblaba como si la tuviese venada con azogue más bien que con sangre.

Los bueyes se acercaban. Los jefes de las dos partidas se adelantaron, llegando, a una, frente a la casa; movidos por idéntica intención, procedieron a enderezar las estacas de toldar, luego que saludaron a las dos mujeres.

Vea, Felipe, que yo tengo que hablar con usted; hágame el favor... dijo humildemente la señora.

—Voy en el momento. Y dirigiéndose al otro arriero: ola, Martín, hasta dónde?

—Aquí, nada más.

—¿Y a dónde vas a toldar?

—Aquí, ¿no te digo?

—Eso no, porque yo soy quien tolda en este puesto.

—¿Si? ¿Cuándo lo compraste?

—El mismo día que lo embargastes vos.

—¡Ah, Felipe!... siempre chancero.

—Ello, más bien, siempre, algo.

Ambos proseguían en la obra de enderezar las estacas.

—Y creído como él solo, continuó Martín.

—Y se manda, respondió Felipe agriando la voz.

—Cuando no hay quién lo mande.

—Ese no ha nacido.

—¡Qué sabroso será vivir uno tan pagado!

—Siempre es algo.

—¿Qué hay por el pueblo, Martín? se metió la señora Eugenia, alar-
mada con el giro picante y mordaz que le iban dando al diálogo.

—Nada, señora. Luégo a media voz: —Es que hay cierta gente que
necesita que le bajen el moño.

—¡Pues, a bajárselo!

—¡Vea, que ponerse a creer que todas las mujeres viven detrás d'el!

Y lo peor es que es cierto; hay otros que las hacen correr de huída,
como le sucede a un amigo mío.

—Pero todo cirirí tiene su gavián.

—¡A soltárselo! No sé para qué tantas vueltas.

—¿Conque muy resuelto? Me alegro, porque has de saber que te
creía un gallina.

—¿Sí? Caminá, convencéte, pues.

—Vean, muchachos, decía la señora; háganme el favor, ¡arreglen eso
como caballeros, por Dios!... eso no vale la pena.

—¡Es que este canalla, mi señora, me tiene hasta aquí con sus ju-
yerías!

Martín corrió un dedo sobre las cejas.

—Es que te he sapotiao las novias, ¿no es cierto? Quien te manda
ser baboso.

¡Tu madre!

Felipe botó al suelo el sombrero y la sogá y sacó el machete. Martín
arrancó una estaca.

Los compañeros de uno y otro, oyendo la disputa, dejaron los bueyes
y corrieron a presenciárla. ¡No se meta nadie! gritó uno de ellos: déjen-
los solos.

—¡Miren que se van a matar! suplicaba desesperada la señora Eu-
genia.

Inés miraba todo aquello con una calma de idiota.

—Bueno, ¡por qué no tirás!, gruñó Felipe.

—Venite vos y el que quede vivo, se lleva A Inés.

—Entonces, decile adiós.

—¡Arriba, pues!

—La joven se acercó a los dos enemigos como atraída por ellos.

Felipe descargó un machetazo que Martín recibió en la estaca torpe-
pemente, tanto, que no pudo evitar corriera el machete de plano, vibrando
por todo el palo hasta que tropezó con la mano, por el lomo, en la cual
abrió ancha herida.

—¡Ahora me toca a mí!, dijo Martín, y levantó la estaca, fiero como un demonio.

Viendo Inés la gula de muerte con que iban a hundir a su amante de un garrotazo, se lanzó a detener el arma, y la detuvo pero no el machete de Felipe, que por atajar el golpe del palo, cayó fúlgido y mortal como un rayo sobre su cabeza. Dio un grito, abrió los brazos y se fue boca abajo.

Todo sucedió tan velozmente, que la señora no tuvo tiempo para detener a la joven. ¡Me la mataron por fin...!

¡Hija mía de mi alma!

Felipe, aterrado, dejó caer el machete.

—¡Qué ha sido esto! exclamó poniéndose las manos en la cabeza.

El otro no sabía qué hacer con la estaca: se la entregaba a éste y a ése, más nadie la recibía.

—Volveremos a entendernos, se dijeron con una mirada aguda y rápida los dos arrieros, y llevaron en guando la víctima a una cama; tenía ésta cerrados los ojos, descolorado el semblante, y en los labios el amago de una sonrisa triste. Tal era la turbación de los circunstantes que ninguno caía en la cuenta de estancar aquel diluvio de sangre; cuando al fin lo hicieron, poca más le quedaba en el cuerpo a la doncella.

—Vea sus cosas Felipe!... ¡Tanto hizo, hasta que me la mató!, gritaba la madre enlazando los brazos alrededor del cuello de Inés. Hijita mía, ¡y yo qué hago si te vas!

—Felipe, llenos los ojos de lágrimas, se inclinó sobre su amada y le dijo con inmensa ternura: ¡Amor mío!

Blandamente alzó los párpados la moribunda, y le respondió con una voz suave, como para un secreto:

—Si usted supiera cómo lo... Mamita, quédese contenta; si no hubiera sido por usted, ¿con qué cara iría yo ahora a presentármele a Dios?

Le cogió cariñosamente la barba a la señora Eugenia, y mirándola hondamente, prosiguió: ah, querida, que supiste cuidarme, bendita se... Volteó las pupilas y dejó caer la quijada.

—Allá va, madre de Dios, como me la entregaste!, exclamó la madre, arrodillándose y mirando a los cielos. Luégo se inclinó sobre el cadáver y le dio un mordisco largo y ferviente en una mejilla

—¡Que donde descargamos, por fin!, preguntó desde la puerta un arriero.

¡En los infiernos!... ¡Maldita sea mi alma!